

EL QUIJOTE Y LA PALABRA



José Martín Hurtado Galves

Cuando Alonso Quijano perdía el juicio y se desvelaba por entender y desentrañar el sentido de "la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura",¹ construía la *tesis* sobre la que girarían sus posteriores aventuras como el Caballero de la Triste Figura. Nacía una nueva relación entre la palabra y la realidad. De esto trata el presente artículo.

Es en el Quijote cuando por primera vez la palabra deja de tener referencia con el exterior, con lo que nombra, ya que se vuelve sobre sí misma y, como el espejo, refleja la imagen de lo que evoca: ella misma. En el Quijote, el Quijote mismo es una palabra en busca de sentido en un mundo en el que prevalece la razón convencional.

La palabra se vuelve su propio significante. Pero es sólo imagen, pues la realidad está fuera del contexto de las reflexiones de Alonso Quijano. El significado y el significante se funden en un laberinto en el que sólo se puede salir, primero, siguiendo los libros de caballería y, segundo, rompiendo con esos mismos libros, pues aún ellos están escritos no como ficciones sino como "realidades heroicas" de un pasado por el que suspiran sus lectores, Alonso Quijano entre ellos.

Por eso necesita romper con la analogía entre las cosas y lo que nombran, para dar paso a la libertad y autonomía de las palabras. "[...] ¿Quién duda sino que en los

venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera? [...] que, dejando la blanda cama, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel".²

Como podemos ver, necesita de alguien que relate sus hazañas, pero el Quijote no busca imitar realmente a los caballeros andantes, pues su imitación es una que ha surgido de los libros de caballería, es decir, imita a las palabras que formaron la leyenda de los caballeros andantes, por eso le dice a Sancho Panza respecto a Dulcinea del Toboso, "Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias, están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No, por cierto, sino que las más se las fingen por dar sujeto a sus versos, y porque los tengan por hombres de valor. Y así, básteme a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje, importa poco; que no han de ir a hacer la información de él para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo [...] y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni le llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos".³ El Quijote sabe entonces quién es Aldonza Lorenzo y, aún más, no le importa lo que digan los ignorantes y los rigurosos al respecto.

Pero aún así necesita del diálogo, de un interlocutor que pueda escucharlo, alguien a quien pueda enseñarle los modos de ser de la caballería hecha de palabras; porque el que lo escucha -Sancho Panza- lo interpela, lo cuestiona, lo "bautiza" (El Caballero de la Triste Figura) pero al final le obedece y, sobre todo, es el otro que transmitirá a otros sus hazañas.

Palabras que reproducen palabras que -a su vez- han surgido de otras que fueron escritas, por eso sus palabras tendrían menos valor en un mundo en donde las palabras de la caballería no son las reinantes. Es un duelo de palabras, la locura contra la razón, pero una razón fundada en los hechos y en los convencionalismos, y una locura basada en las palabras atemporales de los libros de caballería.

Así, mientras que en Sancho Panza el sustento es el presente, la realidad del presente; en el Quijote es el pasado el que le da sentido al presente, pero un pasado hecho de palabras, y un presente que sólo se puede entender desde las palabras del pasado.

El Quijote sabe que en su hablar y andar -hablar que es andar- está la esencia de su locura, por eso no se preocupa por lo que digan los demás. Así, la narración va creando sus propios referentes conceptuales y sólo a partir de tratar de negar la razón de ellos es que surge la sinrazón de la razón del hablar del Quijote; por eso, al combinar la locura con la razón no se altera el relato, antes bien, cobra un equilibrio que les permite a ambas reconocerse a sí mismas. "Si a ésta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos".⁴ Es decir, el Quijote sabe que los que mienten son gente real, -los *arabigos* en este caso-, pero no él, no alguien que está viviendo de las

palabras desde la descontextualización de las mismas. Sabe que sus palabras no tienen referentes externos, sabe que él mismo es su propio referente que partiendo de los libros de caballería ha salido de ellos mismo para ser su propio caballero andante.

Cuando el Quijote habla se sale del mundo, o mejor, crea su propio mundo. Uno en el que las palabras valen en tanto uno las haga valer, y no por su relación con lo que los demás aceptan por convencionalismos, tradiciones o reglas llenas de razón histórica. De la experiencia del Quijote surge una nueva realidad. Y al lector no le queda más remedio que aceptar ese nuevo mundo al reconocer que se le ha negado a la palabra su referente externo. Así, la palabra cosifica a la misma palabra y la vuelve objeto de su propio ser discursivo.

Por eso en la carta que le escribe a Dulcinea del Toboso, que sabe que es producto de su imaginación, le dice: "Soberana y alta señora: El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, te envía la salud que él no tiene. Si tu bondad me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea azas de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo. Tuyo hasta la muerte, *El Caballero de la Triste Figura*".⁵ Es decir, sabe que la fuente de su amor ideal es una ficción, pero aún así le escribe tratándola como si fuera real, lo cual es de suyo un acto totalmente cuerdo dentro de la nueva literatura que está presentando, una en la que la palabra se evoca a sí misma. Una en donde la realidad de la verdad de las palabras no tiene que ver con la razón de los convencionalismos. Tener

verdad no es lo mismo que tener razón. Al menos en el Quijote puede ser todo lo contrario.

Si los lectores del Quijote no reconocieran en el caballero de la triste figura una locura hecha de palabras, éste sería sólo un loco más, pero no, el lector sabe, se va dando cuenta al leer la obra que la locura del manchego está hecha de palabras, el mundo mismo se convierte en una palabra en la que se puede imaginar cada una de las situaciones que le suceden en su travesía.

Podríamos decir entonces que la locura hecha de palabras del Quijote es la misma que la de Alonso Quijano, pues es el Quijote mismo una palabra que al cobrar vida como personaje se vuelve una palabra andante, presta para defender sus ideales lanza en ristre. Pero ¿qué ideales puede tener una palabra?, porque -como hemos dicho- el Quijote es una palabra de Alonso Quijano, bueno, pues aquí es donde la palabra se descontextualiza y cobra sentido por ella misma, fuera de la relación que pueda tener con el exterior al ser sólo su referente.

La locura del Quijote está hecha de su propia voluntad, voluntad que no es sino la expresión práctica de sus palabras. Su alrededor le permite sustentar aún más su propia voluntad. Así, la locura del Quijote es su forma de lograr una vida más allá de las palabras que le han dado sentido. La locura le ha permitido salirse del mundo de la razón para entrar en el de las de sin razón, en el de las palabras que están hechas de palabras solamente, es decir el mundo de la literatura.

Porque no desconoce que la forma de estar en el mundo es a partir del lenguaje, pero, si usara el lenguaje de la razón, entonces no podría estar en el mundo, pues sabe que él es producto de un ideal caballeresco, sabe que la razón de su sinrazón acabaría difuminándose en los convencionalismos de la época, por eso acude al pasado y a la

locura, porque ahí no hay territorialidad, es decir no hay espacio ni fronteras, el pasado no tiene fronteras porque está hecho de palabras y es a través de la literatura y la imaginación que podemos darle una nueva concepción a la locura.

Citas

¹ Miguel de Cervantes Saavedra. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ilustrado por Doré. Visión Libros, S.C.L. Barcelona, 1983, Cap. I, p. 24.

² *Ibidem*, Cap. II, p. 30.

³ *Ibidem*, Cap. XXI, p. 177.

⁴ *Ibidem*, Cap. IX, p. 78.

⁵ *Ibidem*, Cap. XXI, pp. 177-178.